

SACERDOTE DIOCESANO, PÁRROCO

“Hombre de Dios y ejemplo de una vida pastoral”

Siervo de Dios don Francisco Solís Pedrajas,

Párroco y Arcipreste de Mancha Real.

Origen y familia

Nació don Francisco en la Villa de Marmolejo (Jaén), situada en las riberas del Guadalquivir, con una rica vega y mirando a Sierra Morena; pueblo muy conocido por las aguas medicinales y su Balneario, donde acudían muchas familias de finales del siglo XIX y primeros del XX. Marmolejo tiene una Parroquia, la de Ntra. Sra. De la Paz, y una Capilla donde se venera la Imagen de Ntro. Padre Jesús Nazareno. El Patrón es San Julián y la fiesta de más arraigo y tronío es la Virgen de la Cabeza, tanto en el Cerro como en el pueblo; Romería, Novena, Fiesta de Iglesia, Procesión, todo con estilo propio y gran devoción. En este magnífico pueblo el 9 de julio de 1877, Antonio P. Rodríguez dio a luz un niño, a quien bautizaron el mismo día en la parroquia del lugar y le pusieron por nombre Francisco; su padre era Miguel S. Padilla; venía a formar parte de una familia humilde y trabajadora, con la fe cristiana transmitida desde antiguo y ahora ejercida con el ejemplo de los mayores. La familia Solís-Pedrajas vivía del trabajo del padre, que era carpintero. En una sencilla carpintería aprendió don Francisco lo que es el trabajo y el esfuerzo y lo que cuesta ganar el pan con el sudor de la frente; nunca renegó de su condición, sino que por el contrario proclamaba ser hijo de pobreza y trabajo, obrero él también que había pasado sus primeros años ayudando a su propio padre. Fue el primogénito y después de él nacieron: Manuel, María del Rosario y Miguel. Los padres murieron después de haber gozado por unos años de tener un hijo sacerdote, la madre en 1915 y el padre en 1921. La hermana María del rosario acompañó a su hermano en los diversos destinos que tuvo y, finalmente contrajo matrimonio en Mancha Real, pueblo que consideraron siempre como su segunda patria.

Destinos al servicio del pueblo cristiano

Tras los estudios en el Seminario, finalizados con el siglo y con resultados académicos inmejorables, fue ordenado sacerdote por el Obispo de la Diócesis don Victoriano Guisasola el 22 de diciembre de 1900. Tenía don Francisco 23 años y fue enviado como coadjutor de la Parroquia de Santiago Apóstol en Valdepeñas de Jaén, pueblo enclavado en la Sierra Sur con ferviente devoción al Cristo de Chircales; seis años permanecerá en este destino, durante los cuales trabajó en la Parroquia con el fervor propio de un joven sacerdote; en estos años consiguió el título de licenciado en Sagrada Teología, supo compaginar apostolado y estudio intenso, lo cual ratifica su capacidad y aprecio por los estudios ya demostrado en el Seminario. En el año 1906, tras participar en el concurso oposición a Curatos, es nombrado Cura Propio de

Baños de la Encina, donde se acredita como un gran pastor, amante de Cristo y de María y como predicador excelente; las imágenes del Cristo del Llano y de la Virgen de la encina le inspiraron devoción y afecto, ante ellas oraba y pedía las gracias necesarias para su apostolado a favor del pueblo a él encomendado. En 1913 lo encontramos en “comisión de servicios” en la capital del Condado, Santisteban del Puerto, manteniendo su título de Cura Propio de Baños. Circunstancia especial debió presentarse en este pueblo para un nombramiento tan poco usual como el de “comisión de servicios”, pero ello es una señal más de la valía de don Francisco y de la confianza que en él depositaban sus superiores. En su nuevo cargo se le recuerda como “párroco docto, celoso y piadoso”; predicaba mucho y bien, consiguió llenar el templo de fieles.

Nuevamente en 1913, el Obispo Sanz y Saravia convoca oposiciones a parroquias. Don Francisco Solís toma parte de este concurso-oposición, y es nombrado Párroco Propio de San Juan Evangelista, de Mancha Real; era éste un gran pueblo, cercano a Jaén, cabeza de una amplia comarca, con bastante población activa y trabajadora. Las cualidades de don Francisco, además de los exámenes, merecieron aquel nombramiento cuando aún tenía 36 años de edad y 13 de vida sacerdotal. Mancha Real, fundada en 1539, aldea de Jaén con una población de unos cien vecinos, muy pronto se desarrolló una población de unos cien vecinos, muy pronto se desarrolló y en 1557 consiguió del Rey Felipe II el título de Villa, con jurisdicción propia; en 1635, tras la visita de Felipe IV, el Consejo decidió añadirle el nombre de Real. Es Mancha Real una ciudad de calles trazadas en paralelo que se cruzan entre sí, con una plaza donde se ubica la Parroquia, espléndida edificación, y el Ayuntamiento. En 1586 San Juan de la Cruz fundó un Convento de Carmelitas Descalzos, que existió hasta 1836 cuando la fiebre desamortizadora fue enajenado y destruido.

En febrero de 1914 don Francisco toma posesión de la parroquia, siendo nombrado también Arcipreste de la zona, correspondiente al Partido Judicial; comenzó una labor pastoral cuyos frutos todavía se perciben. Era joven, pero ya traía una experiencia suficiente y bien asimilada. Comienza a conocer el pueblo que le ha sido encomendado y los feligreses a los que, como buen pastor, tiene que alimentar y dirigir. Estudios sociológicos, planteamientos pastorales confrontados con los maestros del momento, conocimiento personal en el contacto familiar e individual y todo ello iluminado por la oración ante Jesús en el Sagrario. Don Francisco se propone una labor ordenada, y con las estrategias pastorales orientadas a objetivos bien concretos. Planificó el trabajo, lo que hoy podría llamarse un proyecto pastoral.

Un Párroco de talla

. Una de las mayores preocupaciones, en este proyecto pastoral, fue atraer al mundo obrero, ofreciéndole toda la dimensión liberadora del Evangelio, expresada en la Doctrina Social de la Iglesia con la, todavía, reciente Encíclica de León XIII “Rerum Novarum”; así recreó el Círculo Católico y sindicato obrero, existente pero mortecino, conocido por el “sindicato católico, donde acudían muchos obreros y

recibían enseñanzas profundas, el evangelio, doctrina social y moral cristiana. Tan comprometido en la acción que le llevó a programar acciones sociales de honda envergadura: distribución de grandes fincas entre los obreros; contra lo que podría esperarse, esto agradó muy poco a los sindicatos de clase, los cuales le declararon “la guerra”. También el proyecto de “colonización” terminó por molestar a algunos terratenientes. Una muestra de esta preocupación social la tenemos en el sermón que ha llegado hasta nosotros y que predicó en la fiesta de Ntra. Sra. del Rosario, el 9 de octubre de 1915.

. Promovió la fundación de un colegio, dentro de la Institución SADEL, Sociedad Anónima de Enseñanza Libre. En la República había sido prohibida la enseñanza religiosa en las escuelas y también habían suprimido los colegios religiosos; pues bien, bajo el derecho a la enseñanza libre se había creado una cadena de centros, que mediante asociaciones de padres y profesores, orientados por algunos religiosos expertos en la enseñanza, llevaban a cabo un programa de educación humanista y cristiana. Don Francisco es informado y asesorado por los directivos y ve el cielo abierto: organizó a padres, como responsables de la educación de sus hijos, reunió a maestros y gente cristiana, colaborando cada uno con sus medios, y se abrió el Colegio de San Juan de la Cruz en 1934 con un fondo económico conseguido a través de bonos y acciones de padres y simpatizantes. Se crearon distintas aulas con el material pedagógico al uso en la época y desde luego con educación cristiana. SADEL se extendió por toda España y estuvo presente en Linares, Martos, Alcalá la Real, Beas de Segura.

. Cuidó de la fábrica del Templo Parroquia y de los alrededores del mismo con exquisito acierto y elegancia. Este templo, orgullo de Mancha Real, es una joya arquitectónica; intervinieron en su construcción los maestros Andrés de Vandelvira, Alonso Barba, Hernando Berbel y Juan de Aranda; desde 1557 hasta 1628; la torre es de Eufrasio Torres de Rojas, rematada en 1775 por Ventura Rodríguez.

. Atento a las orientaciones de la Jerarquía, estableció la Acción Católica en sus dos ramas hombres y mujeres, con secciones según las edades y el estado familiar. Tenía organizados múltiples círculos de formación, los preparaba concienzudamente y los desarrollaba de modo práctico e inteligente. Así el Sr. Obispo lo nombró Consiliario Diocesano de la Acción Católica.

. Ante la escasez y verdadera hambre que se padecía en amplios sectores de la población, abrió un comedor, donde se repartía comida diaria en colaboración con las Conferencia de san Vicente de Paúl y con la aportación económica y trabajo de feligreses y feligresas.

. Interesado por la Catequesis, la organizó con los niños y adolescentes; incansable y siempre presente en las sesiones y atento a los catequistas: “estaba al tanto de todo...” decía algún sacerdote que como niño había participado en ella. Fomentó la Adoración Nocturna, sabiendo que la fuerza está en la oración y el valor de la Eucaristía. Atendió y revitalizó las Conferencias de San Vicente, al servicio de los más pobres. Entusiasta promotor de las vocaciones sacerdotales y religiosas; ayudaba

a los sacerdotes, les acogía y trataba como padre y amigo, pues en su condición de Arcipreste tenía una responsabilidad sobre un amplio territorio, donde se ubicaban muchas parroquias.

. Gran trabajador y con entusiasmo apostólico; el día plenamente ocupado en visitas a los enfermos, estudio continuo y preparación de sermones, pláticas y círculos, a veces, trabajos para el arciprestazgo o para reuniones diocesanas; asistencia a las confesiones y celebraciones, atención a los feligreses en particular... todo ello hacía de don Francisco un sacerdote activo, en continua renovación y con un gran prestigio entre el clero diocesano. Ordenado, exigente consigo mismo, elegante en la escritura y expresión, delicado y desprendido.

. Fue un sacerdote bien preparado y siempre disponible. Con las autoridades, fueran o no de su agrado, era atento respetando su misión y su condición de responsables del pueblo. Aparecen en el Boletín Oficial de la Diócesis su pertenencia a Consejos Creados por el Obispo y participación en Congresos a nivel nacional o interdiocesano; queda constancia de sus intervenciones en Asamblea y Semanas, como la de Acción Católica y la de Catequesis.

. Los testimonios de quienes le conocieron manifiestan que don Francisco era un sacerdote celoso, entregado a sus feligreses, de oración y estudio, vida ejemplar y muy querido de su pueblo; su espiritualidad le llevó a vivir muy cerca de Dios y, a la vez, le acercó al prójimo y compartió las penas y sufrimientos de enfermos y menesterosos.

Un Párroco de talla, como es recordado en Mancha Real, donde se mantiene su memoria transmitida por los mayores; así era reconocido por los compañeros sacerdotes como se verá en situaciones especiales durante el presidio; así fue estimado por el Sr. Obispo, como lo demuestra los cargos y responsabilidades que confió en él.

Dificultades y contratiempos

Con la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, se afianzan las actitudes antirreligiosas tan fomentadas y aplaudidas en toda España como también en Mancha Real. Son los dirigentes y las masas, movidas por ellos, quienes protestan ante toda manifestación religiosa. Los actos que se celebran en Mancha Real con asistencia de numeroso pueblo quedarán reclusos en el Templo y hasta sobre ellos se dibujaba la amenaza. El mismo Alcalde indicó a los miembros de la Adoración Nocturna que celebraran las Vigilias a otras horas para evitar posibles altercados de jóvenes exaltados que con nocturnidad vociferaban contra organizaciones de signo contrario a sus ideologías izquierdistas. El Párroco con la Junta decidieron atender la sugerencia. También se suprimieron procesiones por la calle; la Inmaculada cuya imagen se trasladaba en procesión a la Parroquia para la Novena y Fiesta, debió ser llevada, oculta bajo el manto por una persona. Algunos jóvenes de Acción Católica fueron detenidos al terminar su reunión, pues habían participado en una “reunión clandestina”, pasaron la noche en el arresto y despedidos por la mañana sin

explicación alguna... y es que dijeron “querían darse el gustazo de tener al párroco una noche en el calabozo” pero aquel círculo no lo dirigió él , pues una larga visita le había impedido asistir. Con el respeto que le caracterizaba presentaría las quejas, aunque de bien poco sirvieran. La falta de libertad en el ambiente dificultaba la acción religiosa de la Iglesia y del apostolado sacerdotal.

Prisionero en su pueblo y en la Catedral.

Iniciada la guerra civil, e intensificada la persecución religiosa que ya se venía dando, don Francisco fue recluido en la prisión del partido judicial en el mismo pueblo de Mancha Real, junto a otros feligreses suyos. De aquí pasó como “prisionero de Cristo” a la Catedral de Jaén, donde se encontró con muchos compañeros sacerdotes y fieles conocidos; allí descubrió, muy pronto, un quehacer exquisitamente cristiano y un campo de apostolado: las condiciones de la Catedral, convertida en cárcel eran del todo inhumanas; a pesar de las sacas con el pretexto de llevar los presos a Alcalá de Henares, que luego quedaron masacrados en la inmediaciones de Vallecas, la población reclusa había crecido y se carecía de higiene, alimentación, y expansión al aire libre; pero sobre todo era la incertidumbre en que vivían, la inseguridad sobre la propia vida y las continuas amenazas lo que hacían pasar aquellos días bajo serios nubarrones. Don Francisco atendía a los enfermos, cuidaba de los más necesitados, orientaba y animaba a los que desfallecían; nada de esto podía hacerlo con facilidad, pues los vigilantes se cuidaban mucho de impedir estas buenas obras. En la Catedral se distinguió por:

. Cuidar con exquisitez a los compañeros de prisión, a sacerdotes ancianos, sacerdotes o fieles enfermos que llegaban así o habían contraído la enfermedad dentro; a los de menos ánimo que habían dejado atrás padres, esposa o hijos. Don Francisco tenía la palabra oportuna para cada uno, les hacía compañía y ayudaba aún físicamente. Se distinguió por su disponibilidad para la atención espiritual. Por su celo y capacidad se le encomendó dar una meditación diaria, a la que asistían por grupos, sacerdotes y fieles. Siempre estaba el riesgo de los vigilantes que cada uno salvaba como podía, pero don Francisco afrontaba el peligro con una confianza grande en Dios y movido por el bien a los hermanos.

. Tras el martirio del Sr. Obispo, desconocedores de las disposiciones de la Santa Sede y en espera de las mismas, los compañeros pensaron en elegirle para administrador de la Diócesis, pero él declinó este cargo, creyendo que otros podían llevar este honor y que a él le dejaran el trabajo y el servicio.

. Llegó el 25 de marzo de 1937, día de la Encarnación y Jueves Santo, magnífica coincidencia: Cristo encarnado en el seno de María, Cristo hecho Pan de Vida y Cristo Sacerdote actuando en sus Sacerdotes. Los sacerdotes se reunieron todos en la enfermería, a eso de las 5 de la mañana... lo cuenta don José Antonio del Río Alados, testigo y partícipe de los hechos: *“Hoy es Jueves Santo, no quedará Jesús sin adoradores ante el Sagrario, y además nosotros estamos en circunstancias óptimas para poder sintonizar con el Corazón de Cristo en aquella noche de despedida, de amor y de agonía. Nosotros presos tenemos necesidad de unirnos a Jesús Preso.*

Decidimos celebrar los oficios del día; tenemos cálices y misales escondidos, pero ¿dónde las formas y el lugar que ofrezca un mínimo de garantías? Las hostias llegaron puntualmente, se decidió el lugar de la enfermería por ser el más seguro ya que los vigilantes y milicianos apenas aparecían por allí dado la insalubre del mismo por el peligro de contagio, “lugar sombrío, insano y tristísimo”. Comienza los Oficios Divinos, después la primera Misa para los Sacerdotes, luego para los fieles y se irán acercando por tandas para comulgar y así no despertar sospechas. Una pobre mesa sirve de Altar, en ella se han colocado los ornamentos y allí se dirige don Francisco Solís para revestirse y officiar el Santo Sacrificio. Los Sacerdotes estamos siendo injuriados, perseguidos, calumniados... pero jamás nos hemos sentido más felices y más cerca de nuestro Señor que en esos momentos. Escuchamos el Santo Evangelio que resuena en nuestros oídos y en nuestros corazones con una fuerza alentadora para nosotros, sacerdotes, cuando nos dice: “Haced esto en memoria mía” y “Ejemplo os he dado para que vosotros hagáis lo mismo”... y llega el momento cumbre, cuando la Hostia Santa se levanta; el sol que comienza a levantarse queda oscurecido con tanta luz... y ahora participar de la mesa santa... los enfermos se incorporan en sus lechos y todos abrimos el corazón al Cordero Inmaculado para que llene nuestras almas, purifique nuestro corazón y nos disponga a seguirle siempre. De entre todos los meritísimos sacerdotes concentrados en la cárcel catedralicia, don Francisco fue el elegido para celebrar la Santa Misa para sacerdotes y fieles en aquella enfermería, lógicamente con mil preocupaciones, a escondidas de vigilantes y delatores, en el lecho de dolor, de la muerte cercana y en conmemoración de los misterios de la Muerte y Resurrección de Jesús en aquella noche en que desbordó el Amor y el Dolor; noche de su agonía”. En aquél misterioso convite los supervivientes recordarán para siempre que jamás habían gozado de mayor libertad de espíritu.

El Martirio

El martirio, en la visión cristiana, es un verdadero don de Dios. Si nadie puede decir el Señor es Jesús si no es por la fuerza del Espíritu, cuánto menos se podrá aceptar la muerte y sufrirla hasta con gozo por el Señor, si no es por una gracia que le viene dada desde arriba. Siempre en la Iglesia se valoró el martirio como la mayor prueba de fidelidad y como el testimonio más atrayente. Así San Cipriano, obispo de Cartago y mártir del siglo III en la persecución de Valeriano, decía: “¡Feliz cárcel, dignificada por nuestra paciencia! ¡Feliz cárcel, que traslada al cielo a los hombres de Dios”! Y en su carta al Papa Cornelio alaba su fortaleza al confesar la fe que le llevará al martirio; “No hay manera de expresar cuán grande ha sido aquí la alegría y el regocijo, al enterarnos de hermanos, en la confesión del nombre de Cristo”; y valorando a los mártires frente a los que renunciaban a la fe por amor a los placeres o por temor a los sufrimientos del martirio, escribía: “Ahí está la cándida cohorte de soldados de Cristo que, dispuestos a sufrir la cárcel y armados para arrostrar la muerte, quebrantaron con irresistible empuje la violencia arrolladora de los golpes de la persecución. Rechazasteis con firmeza al mundo, ofrecisteis a Dios magnífico espectáculo y a los hermanos disteis ejemplo para seguirlo”. Finalmente cuando

escuchó la sentencia que mandaba fuese decapitado, Cipriano no respondió otra cosa más que “Gracias sean dadas a Dios”.

Don Francisco Solís tuvo la suerte de tantos elegidos de Dios para el martirio, pues a los pocos días de aquel Jueves Santo, el Domingo “In Albis”, don Francisco daría el testimonio supremo, en la Octava de Pascua, con las vestiduras blancas lavadas en la Sangre del Cordero unida a la suya propia. Sucedió que tras un bombardeo en la ciudad de Jaén, determinaron la muerte de un número determinado de prisioneros, sin juicio previo y sin razón por la que morir. La madrugada del 4 de abril de 1937 se manda a los presos levantarse de sus petates o colchonetas. Una voz fuerte va nombrando a los elegidos, son atadas sus manos, cautelosamente sacados a la plaza de Santa María y embarcados en unos camiones preparados al efecto; don Francisco ha sido nombrado entre ellos y ahí le tenemos firme en la fe y en la esperanza de su Señor, él se convertirá en animador y sostén de los compañeros de martirio, mediante las oraciones y cantos que elevaban al cielo. Los camiones pasaron por la Carrera y la Puerta Barrera, se encaminaron por la carretera de Granada hacia Mancha Real. ¡Cuánto debió sufrir al darse cuenta de que iban hacia su querido pueblo y que allí muy cerca de sus feligreses derramaría su sangre también por ellos! Pero don Francisco está lleno de la fuerza del Espíritu, que le va a sostener hasta el final. El buen predicador se dirige a sus compañeros y les dice: “¡Hermanos míos no temáis, no! No temamos a los que matan el cuerpo y no pueden hacernos daño en el alma; todo lo humano es deleznable, todo efímero, todo pasa...

Suspiremos, más bien por la vida perdurable, que es la vida verdadera y agradezcamos de todo corazón a Dios Nuestro Señor el favor que otorga al predestinarnos no sólo a que creamos en Jesucristo, sino a que demos por Él toda nuestra sangre”. Hablándoles, manifestaba el gozo que inundaba su corazón, y les decía que sólo podía entristecerle en aquel momento el que alguno de ellos desfalleciera y dudara... así les invitaba a la alabanza divina diciendo para que repitieran: “Bendito sea Dios, bendito sea su Santo Nombre...”, enardecía los corazones de los compañeros de martirio, de modo que prorrumpieron en cantos al Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen María: ¡Sálvame Virgen María... sálvame te imploro con fe! Llegaron a las paredes del Cementerio de Mancha Real, muy cerca de la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, tan querida de él; se dice que entre cánticos comenzaron los disparos, don Francisco animaba a sus compañeros de martirio, les absolvía haciendo sensible el perdón que Dios les otorgaba.

En los votos de los Consultores Teólogos se recoge el siguiente testimonio, que confirma lo que venimos diciendo: *“Llegados al lugar los pusieron en filas, cerca de la tapia del cementerio; frente a ellos se colocó el pelotón, con el jefe de escopeteros al frente. Entonces don Francisco Solís, con gran valentía se dirigió al jefe del pelotón, pidiéndole la gracia que se suele conceder a los condenados a muerte. Preguntado qué gracia pedía, el Siervo de Dios contestó: Quiero dirigir a mis compañeros de muerte unas palabras de despedida. La gracia se le concedió. Me dijo el guardián que don Francisco, entonces, comenzó diciendo después de indicar los muchos años que había sido Párroco de Mancha Real, estas palabras: Yo amplié*

este cementerio, lo hermoseé con flores y rosales, pero nunca llegué a pensar que, al fin de mi vida, iba a sembrar las rosas más hermosas, las rosas del martirio. Apenas pronunciadas estas palabras el jefe del pelotón gritó: “¡Apunten, fuego! Se oyó una tremenda descarga y las víctimas cayeron por el suelo”.

Don Francisco Cavallé, natural de Mancha Real y conocedor de los hechos a través de testigos fidedignos, (se lo había contado un joven sacerdote del propio pueblo que entraba con su padre –Alberto y Ramón- escapando de la parroquia cercana que atendía), y era “vox pópuli”, describe así el martirio del Sr. Prior como le llamaban, y aún le llaman a nuestro mártir: *“Entraron por la carretera de Pegalajar y, para no atravesar por el centro del pueblo, hicieron un largo y cauteloso rodeo... Llegados, padre e hijo, al Egido, consideraron más segura la entonces espesa alameda para detenerse y asegurar sus pasos hacia su ya próximo refugio, en el número 17 de la calle La Zambra... Y fue entonces cuando los faros de algún vehículo que ascendía por la Lonja les obligaron a pegarse materialmente al tronco de algunos de aquellos viejos álamos. Y desde allí, contemplaron atónitos el paso de unos camiones, cuyos ocupantes, formando un estremecedor coro de voces graves entonaban cánticos religiosos... al final de la alameda los camiones doblaron en ángulo recto hacia la izquierda y con sus faros iluminaron las tapias del cementerio. Alberto y su hijo Ramón empezaron, horrorizados, a entender el enigma de aquellos cánticos... Y unas descargas de armas de fuego disiparon cualquier duda... Desde primera hora, y por todas partes, circuló el rumor de que muertos ya todos los demás, nadie quería disparar sobre don Francisco Solís...”*

Al fin quedó don Francisco, él sólo, seguía cantando, orando, exhortando; les había hecho ver su mal proceder y el resultado de sus actos; a pesar de todo, hubo “un valiente” que se decidió por segar la vida del sacerdote facilitándole así traspasar las estrellas para llegar al Cielo, donde tanto había ansiado ir. Alguien, testigo presencial, contó el comportamiento de don Francisco al final de la vida, y expresó su entereza. Don José Antonio del Río, confidente de aquel testigo y mejor conocedor del tema dejó escrito: *“Llevaba a Cristo en su corazón y por esa unión inefable pudo mirar impávido a la muerte y recibir el plomo asesino sin vacilaciones, sin desmayos, con la sonrisa en los labios, con palabras de perdón, elegantemente, deportivamente. Rectifico: Cristianamente”.*

Sepultura y exhumación de sus restos.

Los restos fueron echados en fosa común como era el proceder de aquellas autoridades. Terminada la guerra, fueron exhumados todos los muchos asesinados en Mancha Real, también los restos de don Francisco debidamente identificados. En la Parroquia se ofició un solemne funeral por todos; los féretros quedaron en un lugar determinado, pero fue el pueblo quien pidió se llevara al Templo sólo el de su Párroco don Francisco Solís Pedrajas; así “de cuerpo presente presidió” aquel acto fúnebre, aunque su espíritu gozaba ya de la presencia de Dios y de la gloria que Él concede a los que le confiesan ante los hombres, aún con peligro de sus vidas.

Al venerable Prior de Mancha Real podemos aplicar lo escrito por san Veda el Venerable en una homilía sobre san Juan Bautista, que se lee en la fiesta del martirio del Precursor: *“Este hombre tan eximio terminó pues su vida, derramando su sangre, después de un largo y penoso cautiverio. Él, que había evangelizado la libertad de una paz que viene de arriba, fue encarcelado por unos hombres malvados; fue encerrado en la oscuridad de un calabozo aquel que vino a dar testimonio de la luz... Mas a él, todos aquellos tormentos temporales no le resultaban penosos, sino más bien leves y agradables, ya que los sufría por causa de la verdad y sabía que habían de merecerle un premio y un gozo sin fin. La muerte –que de todas maneras había de acaecerle por ley natural- era para él algo apetecible, teniendo en cuenta que la sufría por la confesión del nombre de Cristo y que con ella alcanzaría la palma de la vida eterna...”*

Hoy los restos del Siervo de Dios Francisco Solís Pedrajas se encuentran en una Capilla del Cementerio, bien localizados, y con una lápida, que los identifica, dedicada con su nombre. Se espera sean trasladados a la Parroquia, que le fue propia para recibir el culto correspondiente después de su beatificación.

Como escribió don Francisco Cavallé, Sacerdote diocesano y Canónigo de la Catedral, quien le admiraba sobremanera pues le había conocido y recibido catequesis de él, *“don Francisco Solís fue tan sólo sacerdote, sacerdote de Cristo cien por cien. Fue párroco de todos sus feligreses, saliendo con remedios eficaces, a favor de sus almas en todas circunstancias. Fue sola y exclusivamente pastor de almas. Fue guía de almas en tiempos difíciles. FUE HOMBRE DE DIOS”*.